

Nuestro Tiempo

CIENCIAS Y ARTES—POLÍTICA Y HACIENDA

AÑO XIX

MADRID, DICIEMBRE DE 1919

NÚM. 252

EL ÚNICO REMEDIO

Antes de leer lo que sigue, si os dignáis leerlo, conviene tengáis presente dos observaciones:

1.^a Que no pertenezco a la clase patronal ni a la obrera; que no dependo de nadie; ni en absoluto me importan los partidos políticos, puesto que a ninguno estoy afiliado. Hasta tal punto alcanza mi independencia.

2.^a Que en el siguiente escrito no me refiero a España; sino a todas las naciones donde el mal que combato echa raíces.

Vista la general desorganización que impera en medio mundo, y en parte del otro medio, es de prever un cataclismo, o sea un general desastre.

La inicua mano que impulsó la pasada guerra (y quiera Dios que *pasada* la sigamos llamando) agitó furiosamente el inmenso y antes tranquilo lago social, e hizo subir a la superficie todo el cieno que había en su fondo.

Tras la epidémica fiebre de la lucha, los deletéreos miasmas de un inmoderado lucro desarrollaron un nuevo contagio.

Tras la victoria de las armas, surgió el afán de obtenerla en otro

sentido, reapareciendo, con nuevas energías, el odioso antagonismo entre el capital y el trabajo. Y se multiplicaron las asociaciones, no ya limitadas a determinados países y a particulares intereses, sino a modo de zonas isonómicas, por todo el globo.

Una parte de la Prensa diaria no esclareció con sus intelectuales luces, como debió hacerlo, a las inconscientes masas populares. Al contrario. Las halagó en sus lisonjeros extravíos; y suponiendo llevarlas al Empíreo, las sacaron del Limbo, para lanzarlas al Caos. Tal es el que vislumbramos, y que llegará, salvo una de esas crisis inesperadas, que son, en realidad, decretos providenciales.

Muchos de los periódicos que alentaron sofisticas bienandanzas, ahora se percatan del peligro. Pero ya les es difícil retroceder.

A tales periódicos, triste pero necesario es decirlo, se debe en gran parte que insidiosas exhortaciones prosperen; que el fuego se anime; que el incendio estalle.

En Alemania y en Rusia vemos las consecuencias de ese incendio, haciendo la justa salvedad de que el pueblo de Alemania tiene conciencia de sus actos, y el ruso ejerce sus actos sin conciencia.

Que el primero ha sufrido un cambio político, y el segundo una completa metamorfosis social.

Que el primero ha pasado del Imperio a la República, y el segundo ha dado un salto del absolutismo a la anarquía.

Sin embargo; aun allí volverá la reacción cuando la experiencia demuestre con hechos, lo nocivo de las predicaciones que otros les inculcaron con palabras; y como en la Revolución francesa, a fines del siglo XVIII, quizás lleven al cadalso (en los primeros lustros del siglo XX) a los que victoriosamente pasearon sobre el pavés.

Consecuencia también del generalizado, casi mundial incendio de pasiones, han sido los chispazos recibidos en otros países neutrales e indiferentes.

En muchos de éstos, por no decir en todos, y hasta en los antes pacíficos pueblos, cuya vida se deslizaba patriarcalmente, aparece

el antagonismo entre el capital y el trabajo. Como si éste no fuese el engendrador de aquél, y aquél el sostén de éste. Como si rota la íntima unión entre ambos, no viniesen a sustituirlos otros dos factores: la miseria y el hambre.

El sistema de las huelgas osténtase como el Mecenaz de los obreros, siendo en realidad una nueva Celestina, la cual ofrece placeres del momento, por lamentables consecuencias en el porvenir.

No desconozco, ciertamente, que un desmedido interés egoísta, por parte de sociedades ambiciosas, o de individuos en particular, con menos conciencia propia que amor al prójimo, han oprimido al trabajador, abusando de sus fuerzas y aprovechándose de sus necesidades. Reconozco que así como Vulcano forjó los rayos que entregó a Júpiter para combatir a sus enemigos y vencerlos, así ahora el dinero forja armas con que el dios *Capital* intenta combatir a las contrarias huestes.

Pero los titanes hijos de Urano, no eran como los actuales titanes hijos del pueblo, e ignoramos de qué parte quedará la victoria. Mas reconozco también, que esas huelgas disparan sus armas contra los que juzgan culpables, que son pocos, acabando por herir a los inocentes, que son muchos.

Y conste que entre estos muchos, se hallan los mismos obreros, pues lo que ganan con el aumento de jornal, lo pierden con el encarecimiento de todos los productos, así agrícolas como industriales.

Los jefes de establecimientos de comercio, sean del ramo que sean, si ven gravadas sus mercancías en un 20 por 100, las expenden con un 50.

Las víctimas siempre llegan a ser los consumidores. Y consumidores también son los obreros.

Si el que consume es rico, se lamenta. Pero todo, en él, se reduce a una pequeña diferencia en sus gastos o en sus derroches.

Si es pobre, equivale a sustraérsele la mitad de aquello con que contaba para cubrir sus necesidades.



Y si es un jornalero, al cual se le ha aumentado el salario, ese aumento no compensa sus gastos para humildemente habitar, modestamente vestir y necesariamente comer.

Extrañísimo fenómeno, por lo demás, he notado en muchas huelgas.

Ya lo expuse en otra ocasión, y ahora a modo de paréntesis voy a repetirlo.

No pocas veces se ha pedido, lo mismo en España que en el extranjero, un aumento de salario, y los patronos han contestado que les era *imposible* acceder a esa petición. Pero luego han accedido.

¿Cómo lo *imposible*, que no admite modificación, se ha modificado?

Si podía ser, ¿por qué no se hizo antes de que los obreros realizasen sus amenazas? Si no podía ser, ¿cómo es que se ha ido haciendo?

¿Por la imposición? ¿Por la fuerza?

Eso no es ni aun imaginable.

Se lucha con lo *posible*; con lo *imposible*, jamás.

Sería como sacar la espada intentando herir a una sombra; ordenar a las nubes que se desvanezcan o prohibir al mar que se agite. Puede ordenarse; puede prohibirse; pero en la seguridad de la inobediencia.

Esos obreros vencedores, bien pudieron exclamar como el protagonista de "La vida es sueño":

¡Vive Dios, que pudo ser!

Lo positivo, según mi pobre criterio, consiste en que se les explotaba y en que tuvieron razón para insistir en lo que no era *imposible*.

Mas, como, desgraciadamente, la condición humana puesta en el camino de las aspiraciones, no se limita a seguirlo razonablemente, no le ha bastado a una parte de esos obreros detenerse en lo justo y han avanzado hacia lo inaceptable.

Es decir: a reconocer, en ellos, como un derecho, lo que, en los otros, conceptuaron como una tiranía.

Tales excesivas como injustas aspiraciones, hácenme que les

aplique uno de los más conocidos cuentos de los hermanos Grimm, tan filosófico como de actualidad. Hélo aquí en compendio :

Cierto pobre pescador sacó en el anzuelo un hermoso barbo, el cual no era otra cosa que un príncipe, así metamorfoseado por un encantador de aquellos tiempos.

—; Sálvame la vida!—díjole el pez—y pídemelo lo que quieras.
—Nada te pido.—Y lo echó nuevamente al mar.

Pero la mujer del pescador era excesivamente ambiciosa, y fué mandando a su marido a la playa para que pidiera al príncipe una modesta casa con animales de corral y algún campo; luego una morada con servidumbre; luego la señoría del pueblo, al que deseaba como reina, imponerle su voluntad; y por último, la omnipotencia.

Todo lo fué concediendo el príncipe, menos lo último, ya que no podía hacerlo. Y al regresar el pescador a su casa, halló a la esposa llorando a la puerta de la choza que antes había habitado.

Mucho se va concediendo a lo mucho que se exige. Pero, cuando en virtud de las concesiones se llegue a pedir la Luna, irremisiblemente ha de venir la verdadera *imposibilidad*, y con ella una completa reacción, acompañada del más triste retroceso a los primitivos tiempos.

El pseudo aforismo de que *gobernar es transigir* ha contribuído, no poco, a alentar la ebullición volcánica, cuya erupción, si llega, ha de producir la catástrofe.

Transigir con las imposiciones, si es lamentable debilidad en un individuo, representa vergonzoso temor en un Gobierno.

Ese temor anima a los que pretenden subyugar a las masas. Estas, contando con la impunidad, se hacen poderosas, y acaban, aunque momentáneamente, por sustituir a esos Gobiernos, como ya ha sucedido en algunos países, siendo preferible, no obstante, el absolutismo de uno sobre todos al de todos sobre uno, pues ¿a quién toca obedecer donde todos pretenden mandar?

Suponiendo la útil confederación, se crean infinidad de asociaciones que si hoy están unidas por el lazo de una común esperan-

za, mañana ante resultados contraproducentes, lucharán, hasta de casa a casa, como lucharon güelfos y gibelinos.

Pues todo eso que se vocifera, se predica y se impone, hácese en nombre de la Libertad.

¡La Libertad!

Ya dimos con esa palabra, la cual el día en que deje de ser un vocablo acomodaticio para convertirse en una verdad inconcusa, ha de dar el remedio a tantos males.

Esa Libertad que termina en la que en otro empieza; esa Libertad bien entendida y bien aplicada, es el único *similia similibus curantur* que puede salvar la vida a una sociedad amenazada de muerte.

—“Pues si por esa Libertad luchamos”—dirán algunos.

Sí; pero como lucha con una mujer honrada el que intenta seducirla.

Hoy la verdadera Libertad, ha tenido que dejar el paso a la licencia, que es la que ha tomado su nombre; y la que con increíble osadía oprime a las muchedumbres.

¡Cuántos creyendo obtenerla la están perdiendo!

¿No la pierde, acaso, el individuo que se suma a la imposición del voto, o quizás al mandato de una superioridad desconocida?

¡El voto!

En determinadas Juntas ¿no arrastra a una sensata mayoría una minoría insensata? ¿No es acaso, un orador fogoso el que puede con la atracción de su palabra llevarse en pos de sí a los que, aisladamente, nunca hubiera llegado a convencer?

¿Es libre el individuo que se asocia por temor, o se constituye en solidario de lo que su conciencia repugna?

Lo que se hace en casi todas esas asociaciones, es predicar la independencia coartando a los independientes; proclamar la razón ejerciendo lo irrazonable; llamarse liberales, y ordenar como déspotas; anatematizar la fuerza, y asociarse para imponerla.

Sí; *L'union fait la force*, como dice la divisa belga.

No cabe duda: la unión hace, o constituye la fuerza. Mas para

que prospere de una manera eficaz y ventajosa, hácese necesario que se vea sostenida por la Justicia y por la Razón; es decir: todo lo contrario de lo que se intenta ahora.

Eso que llaman Sindicalismo (cuya traducción al romance comprenden muy pocos) tiene, actualmente, una fuerza; pero algo parecida a la de la Masonería, a la del Jesuitismo y a la de la Inquisición.

Diferénciase, sin embargo, en que los afiliados a la Masonería, lo son por su voluntad; y los que entran en la Congregación jesuítica hácenlo renunciando a su personalidad, sea libérrimamente, sea por convencimiento, o por vocación.

He dicho que el Sindicalismo tiene también algo de inquisitorial, y no me arrepiento.

Al que desean sindicalizar lo invitan, lo aconsejan, y por último lo obligan. Si se resiste, le esperan las amenazas, el ostracismo, o el *boycott*. Si después de haber accedido pretende recuperar su independencia, se le conceptúa como un *traidor* y se le somete a un contundente castigo.

¿Entran en el dominio de la razón, base de la verdadera Libertad, que a los dueños de establecimientos comerciales les impongan sus dependencias?

¿Es Libertad la de que a esos dueños se les obligue a cerrar o abrir sus establecimientos a determinadas horas?

¿Lo es que al dueño de un comercio se le impida aceptar a aquellos individuos en los que puede depositar su confianza o juzgarlos más hábiles para el trabajo que ha de encomendárseles, si esos individuos no están asociados?

¿Lo es que las dependencias puedan abandonar sus obligaciones cuando les convenga, o la solidaridad lo exija, y hasta pedir que se les abone el salario por el tiempo que no han prestado servicio alguno?

¿Lo es que los trabajadores del campo no se contenten con el aumento de jornal, sino que pretenden imponerse como semi dueños? ¿Lo es que proclamando esas asociaciones la libertad del

pensamiento en la Prensa, sean ellas mismas, las que lo esclavicen y amordacen?

¿Lo es, en fin, que por una divergencia entre jefes y subalternos, se interrumpa el tráfico que da vida a las industrias y al comercio, y se suspendan los servicios públicos, dando lugar a que los más necesitados sean, en último caso, las víctimas de semejante paralización?

Todo eso podrá imponerlo la fuerza bruta; pero ni a la Razón ni a la Justicia le será posible aprobarlo.

No cabe duda que esa Justicia y esa Razón han sido atropelladas por esta Libertad a la inversa, y hasta parece que el buen sentido se ha visto precisado a ocultarse para dejar paso libre a las desbordadas arbitrariedades, como en la última guerra semi mundial, tuvieron que hacerlo el Derecho, la Piedad y la Justicia, ante la Locura, la Fuerza y la Impiedad.

Sin embargo; ocultarse no es extinguirse.

Y cuando el oleaje de las pasiones se tranquiliza, la Razón vuelve a ocupar su puesto; la Justicia su imperio, y el Derecho su poder. A veces esta transición suele costar grandes pérdidas materiales y, lo que es peor aún, derramamiento de sangre; porque semejantes luchas, sordamente empiezan; rumorosamente continúan y desastrosamente acaban.

Pero los pueblos, a semejanza del legendario Fénix, renacen de sus cenizas.

Ignoro que registre la Historia país alguno, al cual la fuerza bruta haya podido hacerlo culto y floreciente.

La verdadera Libertad, en cambio, ha podido alcanzarlo. Pero, entiéndase bien: la *verdadera*, la justa. No me cansaré de repetirlo. Esa verdadera Libertad, es la que ha de restablecer el equilibrio entre los deberes y los derechos; entre el capital y el trabajo. Entonces, y en todos los países, no habrá despóticas Asociaciones, sino hombres libres. Sucumbirán los viciosos; los vagos; los inútiles; los que llamándose trabajadores se agrupan con el solo objeto de no trabajar, y los que atraídos por el canto de mas-

culinas sirenas, aspiran a vivir en una Jauja no igual a la del Perú, sino a la soñada por los visionarios.

Cada contrato entre patrono y obrero se efectuará libremente como esos otros entre particulares. Como los de compra y venta. Libre el patrono de imponer sus condiciones. Libre el dependiente o el obrero de aceptarlas o no, según le convenga. Y ya no habrá ni asociados ni *esquiroles*.

Así, únicamente, reinará la tranquilidad entre los unos y los otros; prosperará el trabajo, y con él irá en aumento el cultivo de los campos y el producto de las industrias; lo que dará por resultado, el abaratamiento en razón a la incontrovertible ley económica de que "a aumento de producción, disminución de precios".

Disueltas las asociaciones, ¿habrá que temer el despotismo de esas acaudaladas Compañías, especie de pólipos, entre cuyos tentáculos, infinidad de seres humanos han debilitado sus fuerzas y han perdido su salud, con el ansia de sostener, en lo posible, la alimentación individual y de la propia familia?

No, por cierto.

En primer término, muchas de las grandes fábricas y poderosas Compañías, con especialidad en los Estados Unidos de América, Francia, Italia, Bélgica y España, lejos de ser tiranas con sus dependencias y obreros, se han mostrado dadivosas; y si en algunas de ellas ha surgido la huelga, ha sido por coacciones, influencias desorganizadoras o espíritu de *solidarismo*, que arrojaron la cizaña donde reinaba la paz.

En segundo, un pueblo conocedor de sus derechos y de sus deberes (que es lo primero que debe pedírsele si verdaderamente aspira a ser libre); un pueblo así educado y así consciente, no necesita de utópicos conductores. Por impulso de su propio criterio, de su propia conciencia, sabe abandonar el trabajo que lo denigra o destrozar la máquina que lo tritura.

Y como lo ejecuta en justicia, ya no cuenta con la callada oposición o la marcada indiferencia de la opinión pública, sino con su aprobación y con su apoyo.

Todavía hay más: la unión para trabajos campestres o industriales, también debe ser libre. Constitúyanse, pues, los obreros

en agrupaciones particulares, sea para operaciones agrícolas, sea para abrir fábricas por cuenta de ellos mismos, resultando a la vez, productores y accionistas. Pero sin erigirse en autoridad fuera de los límites de su cometido.

Esa verdadera Libertad, ajena a toda tendencia política, es la que puede reorganizar lo desorganizado; restituir la tranquilidad a las familias; alentar el amor al trabajo; devolver hasta a las aldeas, la paz de que antes disfrutaban, y disolver esos negros nubarrones de antagonismos y hasta de odios, nuncios de miseria y desolación, tanto en el Viejo como en el Nuevo Mundo.

En cuanto a conferencias, laudos, arreglos, convenciones, etcétera, etc., esos no son más que paliativos o unguento "sánalo todo". QUITAN el dolor momentáneamente o cierran la llaga en falso.

Paliativo también es la intervención de las autoridades. Estas, al intervenir en particulares litigios, pierden un tiempo que para gobernar bien y administrar mejor necesitan; véñese, unas veces, desprestigiadas, y otras se jactan de haber obtenido una solución no alcanzada en realidad.

Sólo hay un remedio, y la verdadera Libertad lo posee.

Adoptada esa *panacea*, toca a los Cuerpos Colegisladores fijar la dosis. Esto es: marcar las leyes para que esa Libertad no se cambie en licencia. Y Gobiernos bien constituidos son los llamados a hacerlas cumplir, no inclinándose jamás, a ser fuertes con los débiles, ni débiles con los fuertes.



JOSÉ CARLOS BRUNA
Catedrático honorario.